

Utopía e historia en los primeros descubridores y cronistas de Venezuela. Siglo XVI

Yldefonzo Penso Acero

Departamento de Historia Universal. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación. U.L.A. Mérida-Venezuela.

Grupo de Investigación sobre Historia de las Ideas en América Latina.

[yldefonzo@mail.ula.ve]

Resumen

En el presente trabajo se pretende una aproximación al conjunto de apreciaciones que sobre la cultura y los habitantes el “Nuevo Mundo” realizaron los primeros descubridores y cronistas en el caso específico de la actual Venezuela. Fundamentado en una consideración filosófica de la historia como proyecto utópico con raíces socio-culturales, se tratara de dilucidar, desde la visión de cuatro (4) personajes que vivieron el “Nuevo Mundo” directamente, como fue percibido el aborigen americano y su cultura.

Palabras clave: Historia, Crónicas de Indias, Utopía, Cultura.

Utopia and history in the first discoverers and chroniclers of Venezuela. XVIth century

Abstract

The purpose of the paper is to review a set of findings on the culture and the inhabitants of the "New World" as was conducted by the first discoverers and chroniclers in the Venezuelan case. Based on a philosophical consideration of history as utopian project with socio-cultural roots, an attempt is made to describe the point of view of four (4) individuals that lived in the "New World" concerning their perception of American men and their culture.

Keywords: History, Chronicles of the Indies, society, culture, New World.

*A la voz de conquista tan solemne,
Siguen muchos guerreros ordenanzas;
El caballero deja lo que tiene,
El labrador sus rústicas labranzas;
El oficial humilde también viene
A sombra de soberbias esperanzas,
Y todos los demás con los contentos
Que suelen prometer descubrimientos.*

Juan de Castellanos

Todo estudio que trate de establecer y verificar relaciones entre dos entes o conceptos, necesita definirlos concretamente. Por esto, al comenzar una aproximación sobre la relación entre Historia y Utopía, se debe partir de las particularidades que los diferencian para luego poder acceder a las complementariedades en donde convergen y se hacen un solo concepto.

Es así como la Historia representa el escenario natural del desarrollo del hombre entendido como especie. Es decir, no el estudio de sus instituciones sociales, no el estudio del origen y florecimiento de sus ideas, no el estudio de las guerras y conflictos que caracterizan a las sociedades humanas, como tampoco el estudio de las causas que han permitido al hombre poblar todo el globo terráqueo; la Historia como concepto, pues, debe ser entendida como el continuo proceso del desarrollo humano, originado desde el mismo momento en que el hombre toma conciencia de su existencia dentro de un mundo más amplio y diverso. Conciencia que se hace realidad como consecuencia del uso de su razón, tanto para la comprensión de su existencia como para la creación de mecanismos e instrumentos que le permitan su subsistencia en un medio ambiente generalmente hostil y adverso. Por lo tanto, la Historia debe pasar de ser un rutinario recuento de hechos y anécdotas de cualquier cultura, a convertirse en el concepto de unidad del continuo devenir del desarrollo del hombre como especie.

Pero ¿qué es eso de “uso de la razón”?

La razón en una criatura significa aquella facultad de ampliar las reglas e intenciones del uso de todas sus fuerzas mucho más allá del instinto natural, y no conoce límites a sus proyectos. Pero ella misma no actúa instintivamente sino que necesita tanteos, ejercicio y aprendizaje para poder progresar lenta de un peldaño a otro del conocimiento. Por esto, cada hombre tendría que vivir un tiempo desmedido para poder aprender cómo usar a la perfección de todas sus disposiciones naturales...¹

Así llegamos a apreciar al hecho histórico como un derivado de la acción del hombre. El uso de su razón provee al hombre de la capacidad de tomar conciencia de su puesto en el mundo y en el universo. Pero es un “tomar conciencia” que tiene un punto de partida, la Historia, y que se ha construido –y sigue construyéndose– en un lento proceso de aprendizaje, en un constante ensayo-error de sus capacidades, en una eterna relación con el medio para procurarse su sobrevivencia.

El “uso de la razón” es, en esencia, un uso dinámico y la historia no puede dejar de serlo también. Así se obtendrá que la conciencia del hombre como ente histórico, se arma de todo el bagaje vivencial, se elabora con todos los pasos dados en su devenir como especie, la historia se nutre de la vida de los pueblos. Conllevando a una toma de

conciencia histórica que no se presenta sólo en el estado mental o teórico, no es una idea sin fundamento, sino que tiene una representación material, expresada en la cultura.

Los elementos constitutivos de una cultura determinada son, en el mundo de la vivencia, esa conciencia histórica –que puede ser planteada como el origen de la Historia como conocimiento– producto del uso de la razón sobre el medio ambiente, para satisfacer dicha organización social sus necesidades de sobrevivencia.

La Historia es, entonces, el camino andado por una cultura para adquirir toda la experiencia necesaria para labrarse su mantenimiento en el tiempo. Es el andamiaje teórico de los procesos de los que se ha valido el hombre para sobrevivir y desarrollarse. La relación entre Historia y cultura es evidente y muy prolífera será la discusión. Por momentos, la Historia es el estudio del trayecto del hombre, con todo el aprendizaje empírico que ello representa, o como lo plantearía Kant, la narración de las manifestaciones fenoménicas de la libertad de la voluntad del hombre.

Es evidente que tal concepto de Historia vulnera ciertas perspectivas que sobre ella han existido. Al ubicar el inicio de la Historia, no en la invención de la escritura como medio de transmisión cultural, sino en la toma de conciencia por el ser humano de su existencia, en el momento mismo en que por medio del uso racional ha tratado de solucionar los permanentes inconvenientes de un medio hostil, desde que el hombre en cuanto especie produce cultura, la cultura asume un papel fundamental para nuestra concepción histórica.

Por otro lado, el reconocimiento de una diversidad cultural tal como lo reconoce la realidad actual, nos presupone a reconocer, del mismo modo, la presencia de una diversidad histórica. Diversidad histórica que se manifiesta en los diferentes niveles de complejización en todas las dimensiones del trajinar histórico, en lo político, en lo económico, en lo social, en lo religioso, en lo artístico, en lo moral, en lo jurídico, en que han llegado a expresarse los grupos humanos. Es claro que tratamos de trascender las ideas de una historia única, lineal y universal, que muchas veces han evolucionado en ideas etnocéntricas; y planteamos una Historia como unidad del trayecto del hombre como especie, pero también como manifestación particular de cada sociedad. Las distintas sociedades, al fabricar los elementos que le permitan su supervivencia y desarrollo, estarán andando históricamente.

Ahora bien, dicho trayecto histórico se ha dado siempre bajo la amenaza constante y universal del medio ambiente; acosos implacables de todo tipo han condicionado de cierta manera a los grupos humanos. La constante incertidumbre ante el futuro, nos ha hecho idealizar permanentemente mejores métodos de protección y de solución de necesidades. En un eterno aprendizaje con el medio, el uso racional nos ha facilitado la solución de múltiples inconvenientes, pero también nos ha construido mejores formas de vida; es la llamada Utopía.

Utopía vista como la posibilidad de construir mejores y más seguros escenarios para el desarrollo humano, a partir del conocimiento de su realidad. O sea, construir a partir del presente y de lo aprendido, un futuro que implique vida. Es aquí donde la Utopía, la perspectiva de una idealización a futuro de la realidad, se conjuga con la Historia. El estudio del aprendizaje de su vivencia cotidiana, el uso de su razón para engendrar conocimiento y solucionar errores y problemas, o sea, la Historia como trayecto de su

vida como especie, ha guiado al hombre en la búsqueda de erigir nuevas sociedades que permitan y faciliten su continuación y perpetuación en el tiempo. La Utopía de nuevas sociedades confluye, y se construye, con el conocimiento de la Historia como proceso de naturaleza humana. Es decir, la Utopía de sociedades perfectas se ha hecho a partir de sociedades perfectibles, la idealización de una mejor vida la formula la razón en base a la verificación de la vida presente, la Historia sienta las bases para enunciar un proyecto utópico.

Vemos, entonces, la relación historia-utopía como una relación hacia un proyecto, o siguiendo los pasos del maestro mexicano Leopoldo Zea, decimos que:

Toda filosofía de la historia, por supuesto, implica un proyecto. Es decir, algo que trasciende el conocimiento de los hechos históricos, lo que da sentido a este conocimiento. Proyecto, insistimos, que implica no atenerse a los hechos, pero que no implicó ignorarlos, (...) Proyecto que ahora implica superar esta interpretación y los hechos que originó, esto es, cambiarlos, ir más allá de ellos (...) Atenerse simplemente a los hechos sería sólo aceptarlos. Conocerlos, para cambiarlos es, por el contrario, la preocupación central de esta filosofía de la historia. Filosofía que ha resultado de la preocupación por la historia de la adaptación de determinadas ideas a una realidad en la cual éstas no se habían originado.²

Es en este punto donde comenzamos la disertación de Historia y Utopía en América. Tomando como base el estudio de los inicios de la occidentalización de estas tierras, dibujaremos los perfiles de nuestra filosofía de la historia en América, desde la perspectiva de la función del proceso de mestizaje colonial en la formación y desarrollo de nuestro trayecto histórico como sociedad.

Como bien lo señala el filósofo J.M. Briceño Guerrero, desde el momento mismo en que asentamos la pregunta sobre nuestra existencia, encontramos la respuesta: "Nosotros somos occidentales"³. Como sociedad articulada con valores, reglamentos, costumbres, lengua y creencias, tenemos un origen, un trayecto histórico que tiene su inicio en el encuentro y relación de las culturas participantes en nuestro mestizaje. Sin embargo, es un nosotros formado por dos elementos, es un nos y un otros, es un yo y un él. Es una mezcla, una unión, un diálogo. La occidentalización de América implicó entonces un encuentro. Las actuales expresiones de nuestra cultura nacen de los valores occidentales europeos mezclados con las culturas aborígenes en toda la jornada histórica de la conquista y colonización de los siglos XVI al XVIII. Nuestra formación como sociedades que se manifiestan bajo los cánones de la cultura occidental se dio gracias a la mixtura de europeos, aborígenes y africanos, por todo el camino de la conquista y colonización.

Si somos occidentales, nuestros valores tienen como determinante cultural a Europa. Somos una representación histórica de la cultura europea en América y tenemos un puesto en el bagaje histórico del europeo:

América es hija de la Cultura Europea, surge en una de sus grandes crisis. Su descubrimiento no es un simple azar, sino el resultado de una necesidad. Europa necesitaba de América, en la cabeza de todo europeo estaba la Idea de América. La idea de una tierra de promisión, una tierra en la cual el hombre europeo pudiese colocar sus ideales, una vez que no podía seguir colocándolos en lo alto. (...) El europeo necesitaba desembarazarse de una concepción de la vida de la cual se sentía harto, necesitaba desembarazarse de su pasado, iniciar una vida nueva. Hacer una nueva historia, bien planeada y calculada, en la que nada faltase ni sobrara. Lo que el

europeo no se atrevía a proponer abiertamente en su tierra, lo daba por hecho en esta tierra nueva llamada América. América era el pretexto para criticar a Europa. Lo que se quería que fuera Europa fue realizado imaginariamente en América. En estas tierras fueron imaginadas fantásticas ciudades y gobiernos que correspondían al ideal del hombre moderno. América fue presentada como la Idea de lo que Europa debía ser.⁴

Con esta acotación, reafirmamos la repuesta. Si, somos occidentales, somos europeos en América, somos eso y más. Somos un nosotros, que es un yo y un él. Nos y otros. Somos una adición, una sumatoria, una mezcla. Nuestros cimientos culturales son mixtos, condimentados y trabajados en el proceso histórico del coloniaje español. Por esto, nuestro trayecto histórico como sociedad está basado en el mestizaje y lo es porque

[sin] duda, hay algo no occidental en América o mejor alguien que no ve salida y quiere morir, por auto aniquilación, antes que esperar la asfixia total en su situación aporética. Alguien no occidental que vive como suicidándose. Alguien débil y sentimental que no puede soportar el cambio. Pero ese alguien no es la totalidad de lo no occidental.⁵

Somos igualmente un otros, entonces, somos un no-occidental también. Y lo que somos, lo comenzamos a ser desde la colonia, desde el momento mismo en que al llegar los primeros conquistadores castellanos, nuestro bagaje vivencial se tiñó de los colores de la cultura europea. Y lo continuamos siendo, ya que al llegar los europeos no se encontraron con el paraíso virgen y deshabitado. Diversas culturas humanas existían en las Indias Occidentales, el hombre europeo se encontró con otros hombres y con otras manifestaciones históricas de la especie humana. Por esta realidad, el mestizaje es la expresión correcta de nuestra forma de ser occidentales.

Ahora bien, si asumimos nuestro papel dentro de la historia de la cultura europea, si aceptamos que fuimos la utopía del europeo en América y si a la vez se verifica la persistencia de un algo, un alguien, otro, un no-occidental en nuestra formación social, también constatamos que el proceso de mestizaje nos ha llevado a un estado actual en el que poseemos ciertas particularidades del ser occidental. En el proceso del coloniaje y de nuestra formación como naciones independientes, el ideal europeo se tuvo que adaptar a las realidades de la vida en América.

Pero, ¿cuál ideal europeo llegó a América? ¿Cómo fue el mestizaje en la colonia? ¿Cómo llegamos a convertirnos en lo que somos? En primer lugar, la Historia de lo que somos como sociedad, la forma muy particular que tenemos de ser occidentales, nació con los ideales y nociones que el europeo trajo al Nuevo Mundo. Desde el instante en que los castellanos se encuentran con los nativos americanos, empiezan a alterar las ideas sobre sí mismos, o sea se americanizan. América era la utopía de una Europa perfecta, era una tierra bañada con la imagen del Paraíso Terrenal. Todos los elementos y criaturas que vivían en el Nuevo Mundo eran también idealizados, incluidos los aborígenes. El encontrarse con individuos que parecían humanos, físicamente hablando, pero que poseían formas de organización social incomprensibles para la mente del europeo cristiano, lo puso en la necesidad de replantearse el concepto de hombre. Así, América produjo un cambio en la mentalidad del europeo, cambio que no fue inmediato ni único. Asumir que otros hombres se encontraban en total ignorancia de los principios y valores de la sociedad europea, obligó al español a adaptar a la realidad de América sus conceptos y creencias.

El europeo vio, entonces, a las culturas aborígenes con eminente subvaloración e indiferencia. El indio representó la primera necesidad histórica de adaptación de la Utopía a la vida americana:

Los hábitos y costumbres de los indígenas fueron vistos y juzgados en relación con los propios, y por ello considerados como inferiores, como expresión de la infrahumanidad y, por ello, destinados por naturaleza a servir a sus nuevos señores.(...) El mundo indígena fue visto como expresión de lo demoníaco y, por ello, destinado a desaparecer u ocultarse como una vergüenza. Todo el continente fue visto bajo el signo del pecado y, al ser descubierto, destinado a ser redimido por los hombres que se habían encontrado con él. Así, el mundo con el cual se encontraron los descubridores y conquistadores fue encubierto por los prejuicios de los mismos⁶.

El encuentro de los europeos con las culturas aborígenes americanas, fue, en este orden de ideas, en primer lugar traumático. Por poseer la colonización española todo el empuje del naciente mercantilismo europeo y toda la voracidad de un estado eminentemente ligado al catolicismo, y con unos reyes católicos orgullosos de serlo, la cultura europea se abalanzó sobre América en toda su plenitud geográfica y cultural. Tanto la colonización rápida de los grandes imperios precolombinos (Azteca e Inca), como el papel de las ordenes misionales en la aculturación de los indígenas mas inhóspitamente escondidos en la selva, representaron los básicos mecanismos de que se sirvió el español para implantar y adaptar sus instituciones sociales a la vida en América.

En segundo lugar, nuestro trayecto como sociedad mestiza, el camino por el que han andado los tres grupos en contacto, ha sido constante y dinámico. Nuestro trayecto como sociedad mestiza, no se ha detenido ni lo hará, por ser constante su desarrollo como unidad histórica. Si bien existen evidentes diferencias en los rasgos étnicos predominantes en los actuales estados-nacionales (México, Perú, Bolivia, Ecuador), así como también diferencias en el factor del tamaño de las economías regionales (México-Belice, Venezuela-Trinidad o Brasil-Paraguay) y, cómo no, en los sistemas políticos de gobierno (Cuba), la unidad histórica de nuestra América es el mestizaje. Mestizaje que en cada país asumió una forma de ser, mestizaje que se diversificó mucho más, mestizaje que es nuestra realidad.

Es en este punto donde vemos una vez más clarificado que “nosotros somos occidentales”. Si bien la colonia española trató al aborigen y al negro con absoluta subvaloración cultural, etnocéntricamente, claro está, el proceso de mestizaje no se pudo detener. Si bien las ideas, creencias, instituciones, lengua y religión fueron impuestas por el europeo a los nativos, el ideal europeo, su utopía, tuvo que condicionarse a la real vida en América, tuvo que americanizarse. O sea, un yo y un él, un nosotros y un otros.

Ahora bien, y en búsqueda de los orígenes de nuestra condición-cualidad de sociedad en mestizaje, es que la delimitación de esta investigación se ubica en primer lugar en el contexto de los primeros descubridores y cronistas, que según la historiografía, tuvieron presencia en los territorios de la actual Venezuela. Tomamos en consideración todo lo escrito o reseñado hasta el siglo XVI por concebirlo como el período de gestación de la futura sociedad colonial. Por otro lado cotejaremos las visiones e impresiones de los escritos determinados, con el imaginario social y religioso imperante en Europa para el momento. Para tal fin las crónicas indianas son un vasto territorio de discernimiento y

estudio sobre aquellos valores y creencias que trajeron los primeros europeos, sobre la valoración que tenían del indígena y, en general,

Podría decirse que es indudable que a una base informativa como la crónica, con el valor especial que le da el respaldo del observador participante, le corresponde un importante lugar en la formación de nuestra cultura, pues es el fundamento para el auto conocimiento, justamente con referencia a un periodo de gestación de un ser propio, diferenciado del español de España, en un medio peculiar y a las etapas previas al comienzo de ese proceso, todavía en tiempos de conquista y primera colonización⁷.

Se busca, pues, *la utopía que fuimos en los españoles*, a través de los relatos de los propios peninsulares participantes y protagonistas, de sus vivencias con la realidad americana.

Cristóbal Colón

Las referencias del “Almirante de la Mar Océano” se encuentran básicamente ligadas a las descripciones de sus diarios, en los cuales y con bastante frecuencia da rienda suelta a su imaginación. Luego de su experiencia con La Española y de los primeros contactos con los aborígenes de las islas antillanas, el Almirante para la fecha en que recorrió el Delta del Orinoco, la isla de Trinidad y el Golfo de Paria hacia 1498, tenía ya el conocimiento de grupos indígenas aguerridos y luchadores, diferenciándolos de los dóciles y apacibles nativos de las Antillas.

En referencia a su tercer viaje encontramos que:

Esta gente, como ya dije, son todas de muy buena estatura de muy linda estatura, altos de cuerpo y de muy lindos gestos. Los cabellos muy largos y llanos y traen las cabezas atadas con unos pañuelos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almaizares: otro tan ceñido más largo que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. El color de esta gente es más blanco que otro que haya visto en las Indias.⁸

Hay que acotar que para su tercer viaje Colón ya ha tenido contacto directo y personal con el Nuevo Mundo y sus pobladores; en un constante proceso de aprendizaje y asimilación de la realidad, ya Colón conocía las poblaciones aborígenes de las Antillas, había vivido en carne propia su hospitalidad pero también su belicosidad. Hasta el momento, la cultura europea no tenía noticias sobre las grandes civilizaciones mesoamericanas y de la incaica, por lo que su trato directo con los aborígenes se condicionaba a los pacíficos habitantes antillanos, generando en la aparición de un importante mito de la colonización castellana.

El mito del Buen Salvaje comenzó a expandirse por el imaginario europeo como representación de los últimos grupos humanos que vivían en estado de eterna felicidad:

El mito del Buen Salvaje nace con América, es uno de los mitos modernos cuya génesis está asociada de manera muy estrecha a la primera fase de la conquista americana. Puede decirse sin lugar a dudas que el mito del Buen Salvaje es uno de los productos tempranos del primer encuentro de los europeos, de fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI con las islas y la tierra firme de América, con su naturaleza exuberante y con sus desnudos y sencillos pobladores...⁹

En el imaginario medieval europeo los salvajes no eran vistos de ninguna manera como “buenos”. Los pueblos salvajes eran los que ignoraban la verdadera religión, eran los pueblos que no vestían ropas elaboradas ni seguían leyes, preceptos o practicantes de extrañas religiones. Por salvajes se tenían los seres humanos que abandonaron todo contacto y relación con la cultura y la civilización; la renuencia al trabajo o a la guerra eran características también de salvajismos y barbarie. Es con este bagaje cultural, que Colón comienza a identificar a los aborígenes antillanos como los miembros y pobladores del Paraíso Terrenal y a catalogarlos, entonces, como “Buenos Salvajes”.

Con relación a las referencias sobrenaturales, nos cuenta Colón que:

Ya dije lo que yo hallaba de este hemisferio y de la hechura, y creo que si yo pasara por debajo de la línea equinoccional, en llegando allí; en esto que más alto que hallara muy mayor temperancia y diversidad en las estrellas y en las aguas; no porque yo crea que allí donde es la altura del extremo sea navegables, ni agua, ni que se pueda subir allá, porque creo que allí es el paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina.¹⁰

Con esta acotación vemos a dos de los más importantes y resaltantes mitos de la colonización americana. El mito del Buen Salvaje y el mito del Paraíso Terrenal. Dos mitos que junto al de El Dorado influyeron y encauzaron las pretensiones y apetencias de los colonizadores europeos:

El Paraíso Terrenal es uno de los grandes temas del imaginario medieval, presente en cada paso en la literatura, en la tradición y en las creencias del medioevo, no sólo de los clérigos sino de todo el pueblo, no sólo de los cristianos sino igualmente de los judíos y musulmanes (...) El Paraíso era concebido usualmente como un sitio de espléndida belleza, caracterizado por una rica y espesa vegetación, por la abundancia de prados y colinas de eterno verdor, por la presencia de árboles naturales, de todo tipo de plantas aromáticas, de fuentes acogedoras y umbrías, y de frescos y limpios riachuelos, no sólo de agua sino también de leche y miel.¹¹

Américo Vespuccio

El también navegante italiano Américo Vespuccio realizó cuatro viajes al Nuevo Mundo. Dos bajo los auspicios de la corona española (1497-1498, 1499-1500) y los dos últimos para la corona portuguesa (1501-1502, 1503-1504). Con él se marca el inicio de la concepción de un verdadero Nuevo Mundo y se quiebra la todavía mantenida creencia de la llegada al lejano oriente:

Lo más interesante de las relaciones de Vespuccio, al lado de su riqueza y estilo directo, es su objetividad, su manera sincera de exponer las cosas. Vespuccio reconoce haber robado a los indígenas, haberles quemado en ocasión las casas buscando oro y perlas, y cuenta sin embages cómo para compensarse por el escaso oro hallado- él y los suyos se dedicaron a la esclavitud sin que esta resultara tampoco muy beneficiosa pues la mitad de los indios capturados se murió en alta mar y lo obtenido debió distribuirse entre muchos. De este modo resulta claro que no está entre sus propósitos recrear de modo libresco y forzado el mito de los Bienaventurados o de la Edad de Oro¹².

Por ejemplo, en su carta de 1500 dirigida a sus protectores los Mediccis florentinos, Vespuccio relata cómo:

Nos hicimos a la vela y fuimos a meternos en un golfo, que se llamó el de Parías, y fuimos a surgir frente a un grandísimo río, que es la causa de ser dulce el agua de este golfo, y vimos una gran población que se hallaba cerca del mar, donde había tanta gente que era maravilla, y todos estaban sin armas y en son de paz; fuimos a tierra con los botes y nos recibieron con gran amor, llevándonos a sus casas, donde tenían muy bien aparejadas cosas de comer.¹³

En clara alusión al oriente venezolano y al delta del Orinoco, nos dice de sus pobladores que ellos eran:

Gente diferente a su naturaleza, porque ellos no tienen barba alguna, ni visten algún traje, así los hombres como las mujeres, que van como salieron del vientre de su madre, que no se cubren vergüenza alguna, (...) encontramos que eran de una raza que se dicen caníbales, y que casi la mayor parte de esta generación, o todos, viven de carne humana, y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia (...) No tienen ni ley, ni fe ninguna y viven de acuerdo a la naturaleza. No conocen la inmortalidad del alma, no tienen entre ellos bienes propios, porque todo es común: no tienen límites de reinos y de provincias: no tienen rey, no obedecen a nadie, cada uno es señor de sí mismo¹⁴.

Continúa en las descripciones de Vespuccio la catalogación de las culturas aborígenes con una serie de limitaciones sobre las características propias de lo conocido como “civilización”. El no poseer leyes, ni propiedad privada, ni señores o reyes, se contradice profundamente con el vasto acervo cultural del europeo. El tener que adaptar a su realidad histórica, a hombres que no viven ni remotamente parecidos a los ideales de civilización europea, repercutió en los primeros descubridores para ir modificando su concepción sobre el hombre y el mundo.

Una clara expresión es lo relativo a la denominación de infieles. El no estar bajo el peso de la creencia cristiana, era el único basamento para catalogar a pueblos distintos como “infieles”, la realidad americana obligó a replantear esta otra concepción al mostrar hombres que no eran creyentes, pero por no haber tenido contacto o conocimiento de dicha religión.

Los infieles que el hombre medieval conocía eran judíos o musulmanes: los descendientes del pueblo deicida, en constante labor de proselitismo y odiados también por sus actividades económicas, y los enemigos declarados de la fe cristiana, en estado permanente de “guerra santa” contra estos. No conociéndose gentes de cualquiera otra religión, era inevitable que el infiel se identificase con cualquiera de aquellos. Un infiel no judío o musulmán era algo tan difícil de concebir para el hombre medieval como para nosotros puedan ser los habitantes de otros mundos¹⁵.

Fray Pedro de Aguado

Miembro de la orden franciscana, llega Fray Pedro de Aguado a Cartagena de Indias en 1561, recopilando sus viajes en 1579. En el material consultado se relatan las primeras expediciones en la provincia de Venezuela, las actuaciones de la administración de los Welser alemanes, las vicisitudes y problemas en la expedición, conquista y colonización de los primeros poblados en Venezuela:

A partir de Aguado se puede trazar la conquista del interior del país como una serie de expediciones militares desde Coro, en el Occidente, y Cumaná desde el Oriente, tal y como lo

reconoce la actual historiografía venezolana. Desde Coro en dirección a los llanos occidentales, tierras centrales y Andes, desde Cumaná hacia la Guayana. Oviedo resumió las expediciones doradistas pioneras de los Belzares, iniciadas por Ambrosio Alfinger en ruta al lago de Maracaibo y valle de Upar; seguida por la de Jorge Spira, a lo largo de los llanos occidentales hacia el Guaviare; Felipe de Hutten tras los pasos de su predecesor.¹⁶

En un claro pasaje donde hace mención a los aborígenes dice que:

Estos giraharos están poblados en tierra montuosa, es gente desnuda, muy enemigos de españoles, grandes guerreros y salteadores. Usan para la guerra de unas macanas muy grandes que es un arma de palma negra, que ellos se aprovechan de ella como los españoles de un montante. Usan de arcos grandes y anchos y muy recia flecharía, la cual tiran y avientan con gran furia, de suerte que si aciertan con ello pasan un hombre de parte a parte. Es gente idólatra y muy supersticiosa.¹⁷

Podemos ir descifrando que aún para el momento de la conquista de la Provincia de Venezuela, dentro de los patrones culturales europeos se mantenía la importancia de la religión como institución cohesionadora de lo pensado como “civilización”. El no poseer leyes, ni rey, el no tener una religión con todos los atributos y preponderancias que tenían para los europeos, era suficiente motivo para continuar catalogando a los aborígenes como salvajes. El andar desnudos y sin posesiones propias, el ser lo que se llamó “caníbales” eran al fin sinónimos todos de diferenciación, pero a la vez elementos de la vida diaria que impulsaron la adaptación y modificación del europeo en América.

Juan de Castellanos

De los llamados soldados cronistas, se dice que llegó a América alrededor de 1537 o 1539, siendo en 1541 testigo del arrase de Cubagua por una atroz tormenta y del fin de la actividad perlífera en Venezuela, pasando después a Coro.

En 1589 publica sus relatos sobre las expediciones por Margarita, Venezuela y Guayana. Sin caer en un estudio literario de los valores poéticos contenidos en esta obra, es innegable su aporte al acervo historiográfico de los rublos nativos, haciendo uso de una dosis de humor y hasta ironía en sus largas cadenas de relatos y anécdotas.

Buscando reseñas sobre sus contactos con los aborígenes encontramos estos pequeños datos dentro de los casi 120000 versos que componen sus crónicas.¹⁸

*El cual, después de habelle preguntado
Quién es ó de qué parte se divierte,
En nuestro castellano bien cortado
Dio luego la respuesta desta suerte:
“Soy Francisco Martín el desdichado,
Cursado bien en tragos de la muerte,
La cual no me daría ya molestia
Viéndome donde dejo de ser bestia.*

*“Inmensas gracias doy á aquella fuente
De donde mana toda cosa buena
Pues vino sobre mí con el torrente*

*de su clemencia con merced tan llena,
Que salgo del desorden desta gente
De cuanto puede ser virtud ajena,
Pues puedo decir dellos en su mengua
Ser bestias que se entienden por la lengua.*

*“No porque en el hablar sean perfectos,
Porque torpezas son y devaneos:
Solamente declaran sus concetos
Cuál es su no querer ó sus deseos;
Y aquesto no por términos discretos,
Sino por confusísimos rodeos,
Pues que para decir dulces ó amargas
Tardarán en hablar dos horas largas.*

*“Sin orden, sin concierto sin templanza,
Porque ninguno dellos esta sigue,
No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,
Ni cosa que á vivir bien los obligue:
Cada uno se toma su venganza,
Si puede, sin juez que lo castigue:
¿Qué sentiria yo pues de mí mismo,
Entre tan mal compuesto barbarismo?”.*

En una reseña sobre las virtudes guerreras de los aborígenes, nos cuenta como

*Venian los caudillos de salvajes
Con diademas de oro coronados,
Encima superbísimos plumajes
Los rostros de pinturas variados;
A las espaldas llenos de carcajes,
Los arcos en las manos preparados,
con tan feroz y bravo continente,
Que hacian temblar al más valiente.*

En definitiva, el recuento y estudio de las primeras impresiones y apreciaciones que sobre el Nuevo Mundo y sus habitantes tuvieron los conquistadores y en general todos los europeos venidos a América, nos refuerza la idea de nuestra condición de sociedad mestiza a partir del proceso de colonización. Lo que podríamos llamar dimensión utópica de la conquista de América, no es más que la visión de las pasiones y expectativas del europeo ante la vastedad de la realidad americana. El tener que adaptar sus valores, creencias, cosmogonía y patrones culturales, ancestralmente enraizados en sus mentes, oblige a los primeros europeos a formarse una utopía sobre el Nuevo Mundo y a buscar un papel dentro de él.

En el proceso de colonización fueron muchos los factores que jugaron gran relevancia. Las ansias de la riqueza fácil por medio de la obtención rápida de metales preciosos, apoyado por las experiencias tempranas de Cortes y Pizarro; la expansión de la doctrina cristiana a otros pueblos y otras lenguas, impulsados por la propia Corona española así como la búsqueda de un nuevo lugar donde comenzar a labrarse una vida

diferente, lejos de las ataduras de la sociedad europea del momento, fueron otros factores que inyectaron vitalismo y energía a las voluntades de los primeros europeos en América y continuaron siéndolo por mucho tiempo más.

Es por esto que se ha tratado de encontrar en estos primeros relatos, siguiendo los marcos metodológicos establecidos de antemano, parte de estas pasiones y voluntades que impulsaron la colonización. La visión que sobre el aborígen, sus costumbres, sus hábitos culinarios, sus maneras sexuales o hasta sus medios para dormir, tenían los descubridores y cronistas estudiados, nos permitirá ir esbozando un pequeño perfil sobre esa dimensión utópica de la colonización, pero también ir despejando el camino para tratar de comprender los orígenes del tan nombrado proceso de mestizaje.

Bibliografía

- Acosta, Wladimir, *El continente prodigioso*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca Central, Caracas, 1992.
- Aguado, F. Pedro de, *Recopilación historial de Venezuela T.I*, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela No. 62. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1963.
- Almonia, Pilar, "Cronistas e Historiadores: ¿Antecedentes de la literatura venezolana?", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, 330 (Abril-Junio 2000) pp. 42-61.
- Briceño Guerrero, J. M. *El discurso salvaje*, Fundarte, Caracas, 1980.
- Castellanos, Juan de, *Aventuras de varios ilustres varones*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1972.
- Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo. Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Espasa-Galpe, Buenos Aires, 1946.
- García Gallo, Alfonso, *Las bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico español*, Editorial Grepasa, Madrid, 1985.
- Kant, Immanuel, *Filosofía de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Perera, Miguel, *La mirada perdida*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1993.
- Vespuccio, Américo, *Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1952.
- Zea, Leopoldo, *Filosofía de la historia americana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Zea, Leopoldo, *Filosofía de lo americano*, Editorial Nueva Imagen, México, 1984.
- Zea, Leopoldo, *América como encubrimiento*, Ediciones CEALC, Bogotá, 1986.

Notas bibliohemerográficas

- ¹ Kant, Immanuel, *Filosofía de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 42-43
- ² Zea, Leopoldo, *Filosofía de la Historia Americana*, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 25
- ³ Briceño Guerrero, J.M. *El Discurso Salvaje*, Fundarte, 1980 p. 13
- ⁴ Zea, Leopoldo, *Ob.Cit.*, p. 26
- ⁵ Briceño Guerrero, J.M. *Ob. Cit*, p. 67
- ⁶ Zea, Leopoldo, *América como encubrimiento*, Ediciones CEALC, 1986, p. 23.
- ⁷ Almonia, Pilar, “Cronistas e Historiadores: ¿Antecedentes de la literatura venezolana?”, en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, 330 (Abril-Junio 2000) p. 43
- ⁸ Colón, Cristóbal, *Diario de a Bordo. Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, Espasa-Galpe, 1946, p.194
- ⁹ Acosta, Wladimir, *El continente prodigioso*, Universidad central de Venezuela Ediciones de la Biblioteca Central, 1992, p. 69
- ¹⁰ Colón, Cristóbal, *Ob. Cit.*, p. 201
- ¹¹ Acosta, Wladimir, *Ob. Cit. P. 52*
- ¹² *Ibid*, p. 73
- ¹³ Vespuccio, Américo, *Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Editorial Nova, 1952, p. 111
- ¹⁴ *Ibid*, p. 121
- ¹⁵ García Gallo, Alfonso, *Las Bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico español*, Editorial Grepasa, 1985, p. 153
- ¹⁶ Perera, Miguel, *La mirada perdida*, Monte Ávila Editores, 1993, p. 135
- ¹⁷ Aguado, F. Pedro de, *Recopilación Historial de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1963, p. 218
- ¹⁸ Castellanos, Juan de, *Aventuras de varios ilustres varones*, Monte Ávila Editores, 1972, p. 127